

Caracas

sacudida y en paz

El primer intento de fundación de un poblado en el valle ocupado por los Toromaymas fracasó. Francisco Fajardo se estableció, al parecer, en la zona de Catia al mando de un contingente reducido de hombres, y fundó el hato San Francisco, pero las hostilidades de los pobladores naturales del valle le hicieron abandonar el sitio, en 1560. Luego, Juan Rodríguez Suárez y los suyos, se establecieron en el mismo lugar y corrieron con similar suerte, hasta que del poblado abandonado no quedó ni el rastro, en 1561. Ambos intentos señalan la decisión por parte de los españoles de ocupar el valle tendido a la vera de Guaraira Repano, pero no va a ser hasta la llegada de Diego de Losada al frente de 136 hombres, provenientes de El Tocuyo, que la ciudad de Santiago de León de Caracas sea definitivamente fundada, todo indica que el 25 de julio de 1567, por más que el acta fundacional no se haya encontrado jamás. No obstante esta pérdida, las investigaciones del Hermano Nectario María conducen a aceptar la fecha, aunque sin prueba documental: “Con esto queda probado que la fundación de esta ciudad tuvo necesariamente que efectuarse entre marzo y diciembre de aquel año. Por otra parte, veremos que fue un 25 de julio, día de Santiago, lo que evidencia que la fundación de Santiago de León de Caracas tuvo lugar el 25 de julio de 1567.” (Nectario María, 1966: 122) Más allá de lo afirmado por el lasallista, lo cierto sigue siendo la imposibilidad documental de comprobar la fecha del 25 de julio como la del día de la fundación de la ciudad. Mantiene vigencia lo que afirmó José de

Nuestra ciudad tiene historia, una historia que la cuenta, pero también una historia que le pesa a la hora de definirla como espacio urbano y de confluencia. Caracas ha sido testigo, lo sigue siendo y lo será a pesar de nosotros, de todo lo que nos pase como sociedad y en definitiva como país. Es que la ciudad es todo un gran escenario y Caracas no podía ser menos

■ **Rafael Arráiz Lucca**

Oviedo y Baños en su *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*: “El día en que Losada ejecutó esa función es tan ignorado en lo presente, que no han bastado mis diligencias para averiguarlo con certeza, pues ni hay persona anciana que lo sepa, ni archivo antiguo que lo diga;” (Oviedo y Baños, 1992: 231). No huelga recordar que la extraordinaria investigación del Hermano Nectario María, *Historia de la conquista y fundación de Caracas*, es la que da con fuentes documentales que dejan fuera de toda sospecha que la ciudad se fundó en 1567, más allá de que sea imposible determinar el día.

La condición capital de la ciudad emerge de la decisión del Gobernador y Capitán General de la Provincia de Venezuela, Juan de Pimentel, de establecerse aquí a partir del 8 de mayo de 1576. Es bajo las órdenes de Pimentel que se traza el primer plano de la ciudad en 1578, y desde entonces aquella elemental cuadrícula urbana no ha dejado de desbordar sus límites. La condición de capital es señalada por Pablo Vila en su libro *Visiones geohistóricas de Venezuela*: “A los ocho años de su existencia reunía Caracas más vecinos que ninguna otra de las poblaciones fundadas anteriormente: el Tocuyo, unos 50; en cambio, Caracas, 60; Coro había quedado con 30. Claro está que por el número de habitantes no pasaba de ser un villorio más, pero ya entonces el Gobernador residía en la nueva población, si bien el obispo continuaba en Coro.” (Vila, 1991: 163).

Los años que restan para concluir el siglo XVI serán diversos en penurias para la pequeña ciudad a orillas del Guaire. En 1594 la azotó una plaga de langostas, y al año siguiente otra plaga de peores dimensiones: la invasión pirata de Amyas Preston, que dio origen a la gesta insólita de Alonso Andrea de Ledesma, quien como un Quijote de la América meridional, enfrentó íngrimo al poderío del invasor inglés, dando cuenta de un coraje que hasta el propio Preston ordena reconocer al darle sepultura.

Los primeros años del siglo XVII serán de reconocimiento eclesiástico de una realidad civil y militar. El gobierno de la iglesia católica va a trasladarse de Coro a Caracas a partir de 1613, confirmando una capitalidad que ya entonces estaba tan clara como ahora. La vida urbana de aquel entonces la describe con gracia y maestría Isaac J. Pardo en su libro indispensable, *Esta tierra de gracia*: “Cuando hay un resuello, se atiende a las menudencias. Al aceite de la lámpara del Santísimo. Al

“

La condición capital de la ciudad emerge de la decisión del Gobernador y Capitán General de la Provincia de Venezuela, Juan de Pimentel, de establecerse aquí a partir del 8 de mayo de 1576. Es bajo las órdenes de Pimentel que se traza el primer plano de la ciudad en 1578, y desde entonces aquella elemental cuadrícula urbana no ha dejado de desbordar sus límites

”

sueldo de Melchor Quintilla, el organista de la iglesia, que lleva tiempo sin cobrar, pero tiene que vivir. A la petición de un soldado Ulloa, que dice ser poeta. Quiere componer, en versos, la crónica de la conquista de Caracas... Por las tardes, cuando cesan las faenas, acuden vecinos a la esquina de la iglesia o a la esquina del caballo, por donde Juan Martínez suele pregonar a toque de tambor. Allá van a inquirir noticias y a contar cada cual la suya. Ahora se apiñan en torno a Ulloa y escuchan embelesados. El soldado hace revivir, a la luz del crepúsculo, los afanes y desventuras de Fajardo, el mestizo, la fiereza de Guaicaipuro y el triste fin de Narváez y de los suyos; el descalabro de *Ojo de Plata* y del Mariscal Gutiérrez de la Peña y el triunfo de Losada.” (Pardo, 1986: 238).

1641

Aquella ciudad tan nueva que sus habitantes no conservan memoria de sus avatares geológicos, ignora que ha sido sacudida por sismos en el pasado, por ello amanece al asombro el 11 de junio de 1641 entre las ocho y media y las nueve de la mañana, el día de San Bernabé, cuando es estremecida por un terremoto que casi no dejó casa en pie. Para entonces es fama que los pleitos entre el gobernador, Ruy Fernández de Fuenmayor, y el Obispo,

fray Mauro de Tovar, estaban a la orden del día, y mantenían a la población dividida entre los partidarios de uno o de otro. También, entonces un orate de nombre Saturnino tuvo facultades premonitorias, y pasó varias semanas por las calles de la ciudad entonando unos versos:

“Qué triste está la ciudad,
Perdida ya de su fe
Pero destruida será
El día de San Bernabé.
Quien viviere lo verá.”

El 10 de junio en la tarde Saturnino subió al tope de la colina de El Calvario, entonces en las afueras de la pequeña ciudad, a esperar la catástrofe. En efecto, se cuenta que al orate lo despertaron los gritos de la gente aterrorizada con el sismo, que ocurrió entre las ocho y media y las nueve de la mañana. Al parecer, las divergencias entre el obispo y el gobernador, cesaron, preteridos por la inmensidad de la tragedia. Y Saturnino regresó a la ciudad como un profeta, entre los vítores de la gente.

Las penurias volvieron por sus fueros y en 1658 una epidemia sacude a la ciudad; tres años después una plaga de ratas y langostas acaba con los sembradíos, y la gente huyó hacia las haciendas aledañas buscando bastimentos. La viruela en 1667 hizo de las suyas y el vómito negro cobró más víctimas en 1687. Pero si bien es cierto que el siglo XVII caraqueño estuvo signado por las calamidades, también es cierto que se dieron algunos pasos institucionales importantes. En 1696 se instala el Seminario de Santa Rosa de Lima, el mismo que con el paso del tiempo va a convertirse en 1725 en la Real y Pontificia Universidad de Caracas. Y cuando esto ocurre estamos hablando de una ciudad de 6 mil habitantes, que ha doblado su número en los años que van de 1628, cuando contaba con 3 mil, según informa Ermila Troconis de Veracoechea en su libro *Caracas*.

El sino del siglo XVIII caraqueño va a ser de otro tenor. Además de la fundación de la universidad, la Corona de España crea en 1728 la Real Compañía de Caracas, también conocida como Compañía Guipuzcoana. Aún se discute si para la Provincia de Venezuela el monopolio comercial que detentó esta compañía entre esta fecha y la de su disolución en 1785, fue benéfico. Lo cierto, más allá de la diatriba, es que la Provincia de entonces conoce la prosperidad económica en grado considerable, bastante más del que cierta historio-

grafía ha querido aceptar. Las cifras de producción agrícola, y de exportaciones, son tan elocuentes que no requieren mayores explicaciones. No obstante ello, es evidente que la situación monopólica que favorecía a la Guipuzcoana produjo los alzamientos de Juan Francisco de León, en Panaquire, en 1749 y 1751, respaldado por otros agricultores que reclamaban libertades económicas para el ejercicio del comercio.

1766

El 21 de octubre de 1766, otra vez al amanecer, el norte del país es sacudido por un sismo de considerables proporciones. La capital se vio afectada, aunque en menor medida que el terremoto anterior. El crecimiento de la ciudad y de su economía aledaña era evidente. Según el informe del obispo Mariano Martí la capital contaba con 18.669 personas en 1771, y dada su creciente relevancia, la Corona crea en 1776 la Intendencia de Ejército y Real Hacienda, y el 8 de septiembre de 1777 Caracas pasa a ser la sede de la Capitanía General de Venezuela, dándose un paso fundamental en el camino de la unidad político-administrativa de la futura República de Venezuela. La Capitanía General incluía bajo su jurisdicción a las provincias de Cumaná, Maracaibo, Guayana, Margarita y Trinidad. Luego, en 1786, se crea la Real Audiencia de Caracas, y en 1793 el Real Consulado de Comercio. Todos estos hechos institucionales, que constituían un reconocimiento político, daban fe del crecimiento económico y cultural de la ciudad y de la región.

En el libro de Michael McKinley, *Caracas antes de la independencia*, el profesor apunta que la clave del crecimiento económico de la Provincia fue la diversificación de su agricultura, dice: “Ya a estas alturas deberían estar claros varios aspectos de la economía de exportación de Caracas. Primero y sobre todo la diversificación de la base agrícola ocurrida entre 1777 y 1810. A excepción posiblemente de La Habana, ninguna otra colonia hispanoamericana experimentó la transformación que caracterizó a Caracas al zafarse de su dependencia del cacao. La significativa presencia del café y del añil y, en grado menor, de otras cosechas, procuró a la provincia una variedad en sus posibilidades de ingreso muy notable para una pequeña provincia monoprodutora.” (McKinley, 1993: 66). Este autor también nos recuerda que esta prosperidad dio pasos hacia atrás, cuando la producción experimentó altiba-

“

el 8 de septiembre de 1777 Caracas pasa a ser la sede de la Capitanía General de Venezuela, dándose un paso fundamental en el camino de la unidad político-administrativa de la futura República de Venezuela. La Capitanía General incluía bajo su jurisdicción a las provincias de Cumaná, Maracaibo, Guayana, Margarita y Trinidad

”

jos propios de sus fluctuaciones naturales, y a ese estado de incertidumbre comenzaron a sumarse hechos que lo acentuaron más. Uno de ellos es la pérdida de la isla de Trinidad, cuando esta fue tomada por los ingleses en febrero de 1797. Otro fue el alzamiento de José Leonardo Chirinos en Coro, en 1795, solicitando la libertad de los esclavos y, el más importante de todos, fue el protagonizado por José María España y Manuel Gual en Caracas y La Guaira, en 1797, que trajo como consecuencia la ejecución de España en 1799, en la Plaza Mayor de Caracas. Todos ellos signos de crisis en un imperio que comenzaba a vivir los embates del liberalismo escocés, inglés y francés, que ya para entonces, como cuerpo de ideas, había producido la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte y la Revolución francesa.

Es esta Caracas entre sacudida por los vientos de cambios políticos, y próspera en el estadio de sus élites, la que va a visitar Alejandro de Humboldt entre 1799 y 1800, y será luego descrita en su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, de donde extraigo este párrafo con noticias demográficas: “Al recordar que en los Estados Unidos de la América del Norte publican periódicos en pequeñas ciudades de 3.000 habitantes, sorprende el saber que Caracas, con una población de

cuarenta a cincuenta mil almas, carecía de imprenta antes de 1806.” (Becco, 1993: 51) Otro viajero, Francisco Depons, que nos visita entre 1801 y 1804, también ofrece datos demográficos: “De acuerdo con el censo eclesiástico de 1802, la ciudad tiene treinta y un mil doscientos treinta y cuatro habitantes. Pero, por lo dicho respecto a ese censo en el Capítulo III, puede calcularse cuarenta y dos mil almas. Esta población se divide en blancos, esclavos, manumisos y muy pocos indios. Los primeros constituyen más o menos la cuarta parte del total; los esclavos forman una tercera parte; los indios una veintena parte, y el resto lo componen los manumisos” (Becco, 1993: 78) Son tan valiosas las observaciones de Depons que quisiera citar muchas de ellas, pero me limito a esta otra, que habla por sí sola: “Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleados judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El español blanco, y principalmente el Criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los callos de su mano... Juzga imposible conservar la dignidad y honrar debidamente a sus antepasados, a no ser con la pluma en la mano, la espada al cinto, o el breviario ante los ojos.” (Becco, 1993: 79). Como es evidente, es muy distinta la ética católica de la protestante, en relación con el trabajo. Sobre esta materia Max Weber prácticamente agotó el tema en su estudio *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, y un buen ejemplo de ello es lo señalado por Depons. Esta diferencia pesa muchísimo al momento de intentar comprender el desarrollo de Norteamérica y el nuestro, pero esta es harina de otro costal.

La Caracas finisecular tendrá en sus élites un hervidero de ideas liberales de distinto tenor. Los libros llegan subrepticamente, así como las noticias de un avanzado caraqueño, acaso el venezolano más universal e importante de su tiempo: Francisco de Miranda, quien desde Europa conspira contra el imperio español en América. La epopeya mirandina no es este el sitio para recordararla, basta señalar que fue determinante para los hechos que condujeron al 19 de abril de 1810 y al 5 de julio de 1811. La primera fecha trajo consigo la creación de una Junta Conservadora de los Derechos del Rey Fernando VII, constituida en Caracas, que no reconocía el mando de Bonaparte en España, declarando la autonomía de la Provincia de Venezuela en relación a ese mando, pero allanando el camino para la declaración de la Independencia.

dencia definitiva el 5 de julio del año siguiente. De todo este trámite jurídico-constituyente fue el abogado Juan Germán Roscio pieza fundamental. No sólo redactó el Acta de la Independencia sino fue co-redactor de la primera Constitución de la República de Venezuela, y el escenario de todos estos fervores será Caracas. La ciudad en la que nacieron Miranda y Simón Bolívar, los líderes de la Sociedad Patriótica que presionan insistentemente para que se declare la Independencia y la creación de la República.

A partir de esta fecha y hasta la independencia definitiva, Caracas va a ser escenario de patriotas y realistas. Es recuperada por los españoles en 1812, hasta que Bolívar la recupera para la causa patriota en 1813, y es evacuada en 1814 ante el avance de Boves sobre ella, cuando queda prácticamente a merced de los realistas, hasta que en 1821 se sella la independencia definitiva. Entre 1821 y 1830 Caracas pierde su capitalidad, ya que el proyecto bolivariano de la Gran Colombia reduce a Venezuela a Departamento de la República grande de Colombia. En 1830, cuando el general José Antonio Páez funda la República de Venezuela no lo hace en Caracas, sino en Valencia, de modo que por circunstancias históricas no será la capital dónde renacerá la República de Venezuela que conocemos en nuestros días.

1812

El 26 de marzo de 1812, un jueves santo, a las 4 y 7 minutos de la tarde un terremoto sacudió a Caracas. Entonces el joven Bolívar pronunció una de las frases más desafiantes del poder de la naturaleza que se hayan pronunciado, haciendo gala del voluntarismo que signó toda su vida de guerrero. Será el mismo Humboldt uno de los que reconstruya la magnitud del drama caraqueño: “Estimando en nueve o diez mil el número de muertos en la ciudad de Caracas, no se hace cuenta de los desdichados que gravemente heridos, vinieron a sucumbir meses después, privados de alimentos y cuidados.” (Becco, 1993: 59). De tal modo que si la ciudad contaba con cerca de cuarenta mil habitantes y fallecieron alrededor de diez mil, pues la tragedia se llevó el 25% de las almas de la urbe, pero el decrecimiento no terminaría allí, ya que las guerras de independencia diezmarán todavía más a la ciudad. La Caracas que amanece en 1821, cuando el último español se embarca en Puerto Cabello y abandona Venezuela para siempre, será una ciudad en ruinas, azotada por la pobreza, todavía más calamitosa que

“

La Caracas finisecular tendrá en sus élites un hervidero de ideas liberales de distinto tenor. Los libros llegan subrepticamente, así como las noticias de un avanzado caraqueño, acaso el venezolano más universal e importante de su tiempo: Francisco de Miranda, quien desde Europa conspira contra el imperio español en América

”

la del siglo XVII, cuando las plagas la castigaron con saña.

La Venezuela republicana que agota el siglo XIX en medio de la disputa caudillista no siempre tendrá a Caracas como escenario principal, pero sí determinante. Aquí nació la disputa de los conservadores y los liberales, aquí fue destituido el doctor Vargas y repuesto por Paéz en su lugar de mando; aquí tuvo lugar el asalto al Congreso Nacional el 24 de agosto de 1848; desde aquí se consolidó la hegemonía de los Monagas, y por este epicentro pasaron las coordenadas de la Guerra Federal. El 27 de abril de 1870 entró triunfante a Caracas Antonio Guzmán Blanco para restaurar la Constitución de 1864, la que creó los 20 estados y el Distrito Federal con tres departamentos. Y va a ser en el gobierno de Guzmán Blanco, que se inicia en 1870, cuando se adelanta la más significativa reforma urbana de todo el siglo XIX caraqueño, que ha tenido consecuencias permanentes en la estructura de la ciudad y en sus hitos arquitectónicos. El sueño de la modernidad parisina se hizo carne con Guzmán, aunque los excesos del culto a la personalidad no se hicieron esperar, lamentablemente. Con todo y las críticas que puedan hacerse al guzmanato, lo cierto es que adelantó la más importante renovación de la capital desde que esta se fundara en 1567.

En el Censo Oficial de 1891 de los 2.238.922 habitantes del país, 72.429 viven en Caracas, esto equivale a un 3% de la población, lo que evidencia claramente la condición rural de la mayoría de la república. Esta relación, una vez concluido el siglo XX, veremos como se habrá invertido radicalmente, pasando a ser Venezuela uno de los países más urbanizados de América Latina.

1900

Un año antes del terremoto del 29 de octubre de 1900, llega Cipriano Castro al frente de sus huestes a ocupar la capital, iniciándose así la hegemonía regional militar más prolongada de nuestra historia: la tachirense. No es mucho lo que puede anotarse en su haber el gobierno de Castro en cuanto a obras para Caracas, tampoco lo será el de Juan Vicente Gómez, que prefirió asentarse en Maracay, y no escondía su preferencia por la ciudad aragüeña, y quizás cierto desagrado por la vida capitalina. Pero será Caracas el ámbito en el que se geste y se pronuncie la generación de 1928, aquella que comandada por la Federación de Estudiantes de Venezuela, presidida por Raúl Leoni, organice los actos de la Semana del Estudiante, y luego conozca la cárcel y el exilio. Será, sin duda, la generación política que concebirá el proyecto democrático para una Venezuela moderna, y su teatro de operaciones será la capital.

Y si bien Gómez no se empeñó en obras sustanciales para la capital, no puede afirmarse lo mismo de López Contreras ni de Medina Angarita. Durante el gobierno del primero se trazó el Plan Rotival, y durante el del segundo se levantó la Urbanización de El Silencio, se expropió la hacienda Ibarra para darle sede a la Universidad Central de Venezuela y se le entregó el proyecto al mismo arquitecto Carlos Raúl Villanueva, que ya había diseñado los museos en tiempos de López Contreras. Cuando sobreviene el golpe del 18 de octubre de 1945, capitaneado por Rómulo Betancourt y Marcos Pérez Jiménez, el ingreso *pér cápita* del país ya era alto, el número de habitantes comparativamente bajo, y la explotación petrolera que se había iniciado en gran escala a partir de 1922, alcanzaba cotas inimaginables. El país abandonaba a pasos agigantados su condición rural, y asumía el sueño de la modernidad en todas sus facetas: políticamente abrazaba el voto universal, directo y secreto, por primera vez en esas condiciones, para las elecciones de diciembre de 1947, sobre la base de una nueva Cons-

titución Nacional; y el proyecto uslariano de sembrar el petróleo, esbozado en 1936, de alguna manera se intentaba hacer realidad, adelantando un proceso de industrialización que buscaba sustituir importaciones, y todo ello montado sobre la “locomotora del petróleo”. Ya para aquellos años el sino de la Venezuela moderna, suerte de éxtasis y condena, estaba en marcha: la dependencia del oro negro, el país rentista y monoprodutor.

Y así como el sueño de los demócratas encalló sobre las costas de una dictadura militar, a partir del derrocamiento del primer presidente electo democráticamente en el país, Rómulo Gallegos, ésta se esmeró en la *transformación física del país* y construyó autopistas e infraestructura en Caracas, así como en otras zonas de la república. La verdad es que desde el punto de vista urbanístico y arquitectónico, la capital experimentó un avance infraestructural indudable en estos tiempos, y a ello contribuyó de manera determinante la inmigración europea de la post guerra, integrada en su mayoría por canarios, gallegos, portugueses e italianos, cuyos aportes a la construcción de la ciudad moderna todavía están por reconocerse y señalarse con plena justicia. Si bien el Estado constructor levantó el 23 de enero, y el Centro Simón Bolívar, también es cierto que los particulares hicieron lo suyo en materia de viviendas multifamiliares en otras zonas de Caracas. Ya en estos años el éxodo del campo a la capital es de tales proporciones que la planificación de la ciudad se ve desbordada por las construcciones periféricas, con precarios servicios. En 1955 la población de la capital alcanzó la cifra de un millón de habitantes, lo que representó un crecimiento gigantesco en relación con la Caracas provinciana que va a despertarse el 18 de diciembre de 1935, con los restos del general Gómez camino del sepulcro. La ciudad que se construye incesantemente está surcada por autopistas, distribuidores y avenidas, que responden a una política de vialidad moderna, en muchos sentidos inspirada en el modelo norteamericano de ciudades construidas para moverse en automóviles. De esta época, uno de los textos más elocuentes es de Mariano Picón Salas, titulado “Caracas 1957”, allí afirma: “La nueva Caracas que comenzó a edificarse a partir de 1945 es hija –no sabemos todavía si amorosa o cruel– de las palas mecánicas... Se aplanaban cerros, se le sometía a una especie de peluquería tecnológica para alisarlos y abrirles caminos; se perforaban túneles y pulverizaban muros para los ambiciosos ensanches. En estos años –de 1945 a 1957– los caraque-

“

Entonces Venezuela comenzó a sufrir una intoxicación económica que, junto con la nacionalización de la industria petrolera, en 1975, terminó de hacer del Estado el principal agente económico de la nación

”

ños sepultaron con los áticos de yeso y el papel de tapicería de sus antiguas casas todos los recuerdos de un pasado remoto o inmediato; enviaron al olvido las añoranzas simples o sentimentales de un viejo estilo de existencia que apenas había evolucionado, sin mudanza radical, desde el tiempo de nuestros padres.” (Arráiz Lucca, 1999: 47)

La ciudad que en enero de 1958 va a celebrar la caída del dictador, será la misma que respaldará la creación de un sistema democrático, que en sus primeros cinco quinquenios continuó el ritmo de construcción de la ciudad moderna, hasta que la crisis del modelo económico venezolano afloró el viernes 18 de febrero de 1983, y entonces los niveles de inversión bajaron estrepitosamente.

Para 1961 la capital contaba con 1.336.446 habitantes, y seguía extendiéndose hacia Caricuao, en el oeste, y hacia las nuevas urbanizaciones del sureste y el noreste, conurbándose con el pueblo de Petare. El Ávila había sido decretado Parque Nacional a finales de 1958, por el gobierno de transición, y en 1964 el país asistiría a un hecho inédito: un presidente electo, Betancourt, le entregaría el poder, pacíficamente, a otro igualmente electo: Leoni. Y fue precisamente durante el gobierno de este guayanés cuando la ciudad sufrió su último sismo.

1967

El 29 de julio de 1967 a las ocho de la noche Caracas fue estremecida por un terremoto que dejó un saldo de 236 muertos y 2.000 heridos. Al año siguiente se estimó la población de la capital en 1.959.000 habitantes, lo que representó un crecimiento sostenido en relación con la cifra anterior. Al final del primer gobierno de Rafael Caldera (1973) los precios del petróleo subieron hasta cifras inusitadas. Así se mantuvieron a lo largo de todo el gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1979) y la mayor parte del de Luis Herrera Campíns (1979-1984). Entonces Venezuela comenzó a sufrir una intoxicación económica que, junto con la nacionalización de la industria petrolera, en 1975, terminó de hacer del Estado el principal agente económico de la nación. El modelo de sustitución de importaciones hizo aguas en 1983, dada la caída estrepitosa de los precios del petróleo, y luego el modelo político entró en crisis y ello se expresó con las intentonas golpistas perpetradas en febrero y noviembre de 1992, por unos militares de rango medio. De todos estos episodios, la capital fue escenario.

A partir de 1975 se tomó la decisión, ya definitiva, de comenzar el Metro de Caracas, y la primera línea se abrió al público el 3 de enero de 1983, para entonces la renovación urbana que trajo la construcción de estaciones y bulevares estaba en marcha, creando para el peatón una cantidad considerable de espacios públicos antes inexistentes, en una ciudad servida para el automóvil. La democratización del ámbito público de la ciudad que trajo consigo el Metro es algo todavía por valorar en su justa dimensión, pero es evidente que fue sumamente importante. Para 1981 la ciudad contaba con 2.798.566 almas, pero el ritmo de crecimiento de años anteriores se hizo menor, al punto que hoy en día algunos expertos consideran que desde hace quince años no sólo no crece, sino que decrece. Si esto es así, seguramente una de las causas es el proceso de descentralización política y administrativa que se inició en 1989, cuando el Congreso Nacional aprobó la Ley de Descentralización, que le dio un impulso decisivo a las regiones interioranas.

A partir de 1983 las inversiones por parte del Estado en la ciudad han mermado considerablemente, salvo en el caso de las líneas del Metro que a un ritmo más lento han seguido construyéndose. La ciudad en estos años la han construido los particulares, me refiero a los que levantan *ranchos*

en las laderas de los cerros, y a los que levantan edificios y centros comerciales en la trama propiamente urbana. Por otra parte, no hay manera de ocultar que en los años recientes, los últimos 20, la ciudad con excepción del Metro no ha experimentado mejoras sustanciales. Por el contrario, muchos de sus problemas se han agudizado y muchas de las soluciones no han podido implementarse por falta de recursos o voluntad política. Por otra parte, que el crecimiento poblacional se haya prácticamente detenido, es una buena noticia en algún sentido, y no tan buena en otro, pero estas consideraciones van más

allá de lo que estas líneas albergan. La Caracas de hoy espera por respuestas inteligentes, no necesariamente costosas, que se fundamenten en el destino que los ciudadanos encuentren para la ciudad del futuro. Y las ciudades, antes y después, siempre han sido las construcciones colectivas por excelencia.

■ **Rafael Arraiz Lucca**
Escritor, Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, abogado y candidato a Magister en Historia de Venezuela.

Referencias

- ARRÁIZLUCCA, Rafael (1999): *Cuatro lecturas de Caracas. Arturo Usler Pietri/Mariano Picón Salas/ Juan Liscano/José Ignacio Cabrujas*. Caracas: Fundarte
- BECCO, Horacio Jorge (1993): *La pintoresca Caracas. Descripciones de viajeros*. Caracas: Fundación Promoción cultural de Venezuela.
- NECTARIO, María (Hermano) (1966): *Historia de la conquista y fundación de Caracas*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.
- OVIDIO Y BAÑOS, José de (1992): *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho n° 175.
- PARDO, Isaac J. (1986): *Esta tierra de gracia*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- TROCONIS DE VERACOECHEA, Ermila (1993): *Caracas*. Caracas: Grijalbo
- VILA, Pablo (1991): *Visiones neohistóricas de Venezuela*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- WEBER, Max (2001): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.



Esquina de La Luneta,
 Edif. Centro Valores,
 P.B. Apartado 4838.
 Telfs.: 564.9803
 564.5871. Fax: 564.7557. Caracas
 1010-A. Venezuela.



Tarifas de suscripción Revista SIC

VENEZUELA

Correo ordinario	Bs.F. 100,00
Suscripción de apoyo	Bs.F. 200,00
Número suelto	Bs.F. 10,00

Para suscripciones desde el extranjero comunicarse con el Centro Gumilla

Buzones correo electrónico

REDACCION SIC / sic@gumilla.org.ve

REDACCION COMUNICACION / comunicacion@gumilla.org.ve

UNIDAD DOCUMENTACION / documentacion@gumilla.org.ve

ADMINISTRACION / administracion@gumilla.org.ve